



Boletín de Antropología Universidad de
Antioquia

ISSN: 0120-2510

bolant@antares.udea.edu.co

Universidad de Antioquia
Colombia

Cardona Velásquez, Luis Carlos; Montoya Agudelo, Santiago
Prácticas funerarias prehispánicas como expresiones territoriales en el Porce Medio (Antioquia,
Colombia) durante el periodo de los desarrollos regionales de los siglos I a XIV d. C.
Boletín de Antropología Universidad de Antioquia, vol. 22, núm. 39, 2008, pp. 250-270
Universidad de Antioquia
Medellín, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=55711908010>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Prácticas funerarias prehispánicas como expresiones territoriales en el Porce Medio (Antioquia, Colombia) durante el periodo de los *desarrollos regionales* de los siglos I a XIV d. C.

Luis Carlos Cardona Velásquez
Laboratorio de Arqueología
Universidad de Antioquia
Dirección electrónica: lcarloscardona@hotmail.com

Santiago Montoya Agudelo
Laboratorio de Arqueología
Universidad de Antioquia
Dirección electrónica: san_timon@yahoo.de

Cardona Velásquez, Luis Carlos y Montoya Agudelo, Santiago. 2008. "Prácticas funerarias prehispánicas como expresiones territoriales en el Porce Medio (Antioquia, Colombia) durante el periodo de los desarrollos regionales de los siglos I a XIV d. C.". En: *Boletín de Antropología* Universidad de Antioquia, Vol. 22, N.º 39, pp. 250-270.
Texto recibido: 10/03/2008; aprobación final: 30/04/2008.

Resumen. Los enterramientos humanos en el Porce Medio, nordeste del departamento de Antioquia (Colombia), en el periodo denominado *desarrollos regionales*, son expresiones de la manera como los grupos humanos concebían la muerte. Asimismo, el ritual funerario que incluye la construcción y localización de la tumba en el paisaje es una expresión cultural que legitima la territorialidad de los grupos locales, basada en el hecho de que allí mismo habitan los antepasados.

Palabras clave: Porce Medio, enterramientos humanos, ritual funerario, territorialidad, desarrollos regionales.

Prehispanic funerary practices as territorial expression in Porce Medio (Antioquia, Colombia) during the of period of regional developments I to XIV centuries a. d.

Abstract. Human burials in "El Porce Medio", in the period called "regional developments" are expressions of the way human groups used to conceive death, but especially, the funeral ritual that includes the

construction and location of the tomb in the landscape, it is a cultural expression that legitimizes the territoriality of the local groups, based on an ancient legacy, because in such territory is where their ancestors inhabit.

Keywords: Porce Medio, human burials, funeral ritual, legitimization, regional developments

Preámbulo

El río Porce nace al sur del Valle de Aburrá, en el alto de San Miguel, y su cuenca media se localiza al nordeste del departamento de Antioquia, en el Macizo Central Antioqueño (Cordillera Central). El área forma una subregión fisiográfica con alturas entre los 350 msnm —a la orilla del río— y los 2.200. La zona de vida es de bosque húmedo tropical (bh-T), con el consecuente clima cálido húmedo (Holdridge, 1987). Hacia la parte norte, el relieve forma un cañón más profundo en el que las laderas inferiores (área estudiada) son escarpadas, de forma rectilínea, y alcanzan pendientes superiores al 50% en la margen derecha, mientras que en la margen izquierda son inferiores al 50% y son de forma cóncava o convexa (EPM, 1989) (véase figura 1).



Figura 1. Vista general del cañón del río Porce

Los datos para el presente artículo fueron obtenidos del estudio arqueológico realizado en el marco de las obras civiles principales del proyecto hidroeléctrico Porce III ¹ (Cardona et al., 2007), en el que se realizó una prospección arqueológica

1 La investigación arqueológica se denomina “Del Arcaico a la Colonia. Construcción del paisaje y cambio social en el Porce medio”, llevada a cabo, para las Empresas Públicas de Medellín, por el Centro de Investigaciones Sociales y Humana de la Universidad de Antioquia. El estudio arqueológico en mención fue dirigido por Luis Carlos Cardona Velásquez, y Santiago Montoya Agudelo participó como arqueólogo investigador.

y se intervinieron en área cinco sitios, mientras que otros nueve se muestrearon con pozos de sondeo sistemáticos que entregaron información valiosa sobre varios aspectos del proceso histórico de poblamiento de la región. A esta información se sumó la obtenida en la excavación en área de once sitios efectuada en el estudio arqueológico de Porce III-Obras Principales (OP) (Otero y Santos, 2006), así como la información proveniente de otros diecisiete sitios excavados durante el estudio arqueológico Porce II (Castillo et al., 2002). Todos los contextos excavados se asocian a unidades habitacionales (Cardona et al., 2007), y en seis de ellos se hallaron estructuras verticales que se asocian a rituales funerarios.

Descripción de sitios

Sitio PII-169

En este sitio se identificaron siete entierros, con restos óseos de nueve individuos, seis adultos y tres infantes. La tumba 1 (con dos pozos escalonados y nicho circular) se asocia a un individuo masculino adulto y posee ofrendas funerarias (animales); la tumba 2 contiene los restos de una mujer de edad avanzada. En el entierro 3 se observa que, antes de la inhumación, las extremidades fueron flexionadas sobre el cuerpo y muy seguramente atadas, acaso buscando un fardo funerario pequeño cuya reducción pudo ser lograda también mediante el sometimiento del cuerpo a desecación por acción del calor, tal como lo indica el cambio de color de los huesos como consecuencia de esa práctica.² En los entierros primarios son comunes el amarre (Castillo et al., 2002) y la posición decúbito dorsal (ibíd.; Cardona et al., 2007). Otra particularidad observada es que los pozos rectangulares son profundos, mientras que los ovalados son poco profundos y asociados a entierros de infantes y entierros secundarios.

En este sitio también se identificaron tres estructuras verticales. Una de ellas, de forma circular, estaba rellena con suelo oscuro, carbón y cerámica; fue datada en 870 ± 50 BP, Beta 99857 (1080 ± 50 d. C.), y sugiere un depósito ritual. Las otras dos son de forma rectangular e irregular con contenidos de suelo oscuro y pintas de carbón (Castillo et al., 2002). A continuación se describen las principales características de los entierros de este sitio (véase tabla 1).

2 La práctica resulta muy extendida entre las culturas precolombinas, y consiste en someter el cuerpo al fuego durante varios días para secarlo, provocando la pérdida de grasas y líquidos y, con ello, la reducción de su volumen. Esto explicaría la realización de la inhumación en un pozo de dimensiones tan reducidas como el reseñado (Castillo et al., 2002).

Tabla 1. Entierros del sitio PII-169

| N.º del entierro | Características |
|--|--|
| 1.1 (primera parte de una estructura compuesta y escalonada en tres partes) | <p>Forma: pozo rectangular</p> <p>Medidas: 60 x 150 x 110 cm</p> <p>Orientación: norte-sur</p> <p>Evidencias culturales: individuo adulto masculino orientado norte-sur, en posición decúbito dorsal</p> <p>Material asociado: huesos de animal, tierra oscura mezclada con arenas del saprolito, fragmentos de cerámica y abundante carbón</p> <p>Cronología: 700 ± 70 BP, Beta 99856 (1250 ± 70 d. C.)</p> <p>Observaciones: relleno compuesto de tierra negra y fragmentos de cerámica hasta los 110 cm</p> |
| 1.2 (segunda parte) | <p>Forma: pozo cuadrangular, 20 cm por encima de 1.1</p> <p>Orientación: este</p> <p>Evidencias culturales: fragmentos óseos humanos, probablemente de un adulto, sexo sin identificar</p> <p>Material asociado: arenas del saprolito, fragmentos de cerámica y abundante carbón</p> |
| 1.3 (tercera parte) | <p>Forma: nicho circular a 15 cm de profundidad</p> <p>Medidas: diámetro de 15 cm y profundidad de 200</p> <p>Evidencias culturales: restos óseos desarticulados de individuo adulto femenino</p> <p>Material asociado: tierra oscura mezclada con arenas del saprolito, fragmentos de cerámica y abundante carbón</p> |
| 2 | <p>Forma: dos pozos rectangulares escalonados</p> <p>Medidas: 80 x 170 x 55 cm; 80 x 170 x 80 cm</p> <p>Orientación: este-oeste.</p> <p>Evidencias culturales: en el pozo de 80 cm de profundidad, un individuo adulto probablemente femenino, orientado este-oeste y en decúbito dorsal (entierro primario)</p> |
| 3 | <p>Forma: pozo rectangular</p> <p>Medidas: 50 x 85 x 60 cm</p> <p>Orientación: este-oeste</p> <p>Evidencias culturales: individuo adulto, sexo no determinado, probablemente en decúbito dorsal (entierro primario)</p> <p>Material asociado: material parental; relleno con saprolito</p> <p>Observaciones: entierro primario.</p> |
| 4 | <p>Forma: pozo rectangular</p> <p>Medidas: 85 x 40 x 63 cm</p> <p>Orientación: este-oeste</p> <p>Evidencias culturales: huesos deteriorados del cráneo de un infante, sexo no determinado</p> <p>Material asociado: carbón vegetal y arena</p> <p>Observaciones: un infante poco conservado</p> |

Tabla 1. (continuación)

| N.º del entierro | Características |
|------------------|--|
| 5 | Forma: pozo ovalado Medidas: 35 x 60 x 55 cm Orientación: este-oeste Evidencias culturales: piezas dentales de tres individuos; ausencia de restos óseos Material asociado: carbón vegetal y arena |

Sitio PII-200

En este sitio se identificaron cinco tumbas: dos de pozo sencillo con restos óseos y tres con doble pozo escalonado; asimismo, cuatro estructuras verticales sin restos óseos: tres de ellas ovaladas con fragmentos cerámicos en su interior y la otra de forma rectangular, que, de acuerdo con su forma, tamaño y relleno, es similar a la tumba 5, lo que refuerza la idea de que se trata de una estructura funeraria cuyo contenido se diluyó (Castillo et al., 2002). En ninguna tumba se hallaron restos de un individuo completo. Las dataciones de este sitio son de 1180 ± 50 BP, Beta 104138 (770 ± 50 d. C.) y 1100 ± 80 BP, Beta 104139 (850 ± 50 d. C.). Se presentan grandes similitudes con el sitio PII-169 en el número de estructuras funerarias y en sus formas (ibíd.), a propósito de las cuales presentamos las principales características (véase tabla 2).

Tabla 2. Entierros del sitio PII-200

| N.º del entierro | Características |
|------------------|--|
| 1 | Forma: dos pozos escalonados (rectangular y ovalado) Medidas: 85 x 130 x 108 cm (rectangular); 50 x 80 x 168 cm (ovalado) Orientación: este-oeste Evidencias culturales: restos de un individuo adulto, sexo sin identificar, en posición decúbito lateral izquierdo, orientado este-oeste, extremidades flexadas sobre caja torácica (pozo rectangular) Material asociado: carbón, suelo saprolito arenoso y rocas fragmentadas Observaciones: inhumación primaria |
| 2 | Forma: pozo sencillo ovalado Medidas: 42 x 70 x 109 cm Orientación: este-oeste Evidencias culturales: restos de un cráneo adulto fragmentado, orientado este-oeste; hueso largo Material asociado: suelo negro, carbón y un fragmento cerámico Observaciones: relación de oclusión dentaria indicando fuerza mecánica para mantener unida la mandíbula y el maxilar |

| | |
|---|---|
| 3 | <p>Forma: dos pozos escalonados (rectangular y, a 15 cm, otro pozo alargado y ovalado)</p> <p>Medidas: 65 x 105 x 157 cm; 60 x 145 x 150 cm</p> <p>Evidencias culturales: restos de extremidades inferiores de un individuo adulto, sexo sin identificar, en decúbito lateral izquierdo (segundo pozo)</p> <p>Material asociado: mitad de vasija subglobular; suelo saprolito arenoso y carbón</p> <p>Observaciones: el segundo pozo forma una semicámara</p> |
| 4 | <p>Forma: dos pozos escalonados (rectangular y, a 15 cm, otro pozo alargado y ovalado)</p> <p>Medidas: 55 x 120 x 90 cm; 30 x 145 x 120 cm</p> <p>Orientación: suroeste-noreste</p> <p>Evidencias culturales: piezas dentales de forma anatómica de un individuo adulto, sexo sin identificar</p> <p>Observaciones: asociado a un entierro primario que se diluyó</p> |
| 5 | <p>Forma: pozo rectangular</p> <p>Medidas: 80 x 130 x 70 cm</p> <p>Orientación: este-oeste</p> <p>Evidencias culturales: restos óseos en posición no anatómica como parte del relleno</p> <p>Material asociado: suelo saprolito arenoso</p> <p>Observaciones: evacuación que dejó restos óseos al volver a tapar</p> |

Sítio PII-199

En este sitio se identificó un entierro en un pozo (directo rectangular) en cuyo interior se halló gran cantidad de restos óseos humanos y animales calcinados in situ. De acuerdo con estas características, se trata de un pozo cinerario. Por estar adyacente al sitio PII-200 se plantea que está estrechamente relacionado con la ocupación del mismo (Castillo et al., 2002).

Sítio PIII-OI-72

El entierro identificado en este sitio consiste en una fosa sencilla de forma circular, en la cual se colocaron dos vasijas superpuestas por la boca. La vasija ubicada boca arriba fue usada como urna funeraria, con restos óseos en estado avanzado de fragmentación y erosión, y fisurados y retorcidos como producto del sometimiento al fuego (Otero y Santos, 2006). La vasija colocada boca abajo fue usada a manera de tapa y se encontró en mejor estado de conservación. De acuerdo con las características formales y decorativas, ambas vasijas se asocian al conjunto cerámico Marrón Inciso (ibíd.). La caracterización anatómica de algunos vestigios óseos hallados en la urna funeraria posibilitó la identificación de fragmentos de cráneo, cintura escapular, cintura pélvica, costillas y extremidades, pertenecientes por lo menos a tres individuos: posiblemente a un infante, un adulto y un subadulto (ibíd.).

Sítio PIII-OP-104

En este sitio arqueológico se identificaron cinco enterramientos humanos en estructuras verticales de forma rectangular (véase tabla 3).

Tabla 3. Entierros del sitio PIII-OP-104

| N.º del entierro | Características |
|------------------|--|
| 1 | <i>Forma: dos pozos escalonados rectangulares</i> <i>Medidas: 90 x 135 x 210 cm (pozo superior); 40 x 111 x 230 cm (pozo inferior)</i> <i>Orientación: este-oeste</i> <i>Evidencias culturales: suelo saprolito y fragmentos cerámicos (primer pozo).</i> <i>Un individuo en posición decúbito lateral izquierdo, flexionado con las extremidades hacia el tórax en posición fetal, orientado sur-norte, con la cara hacia el oeste (segundo pozo)</i> <i>Material asociado: carbón y suelo amarillo saprolito</i> <i>Observaciones: inhumación primaria</i> |
| 2 | <i>Forma: pozo rectangular</i> <i>Medidas: 55 x 75 x 144 cm</i> <i>Orientación: este-oeste</i> <i>Evidencias culturales: restos óseos calcinados in situ; vasija cerámica de forma subglobular</i> <i>Material asociado: suelo negro, carbón</i> <i>Observaciones: entierro secundario en fosa cineraria</i> |
| 3 | <i>Forma: pozo rectangular</i> <i>Medidas: 50 x 170 x 1.185 cm</i> <i>Orientación: este-oeste</i> <i>Evidencias culturales: restos óseos calcinados in situ</i> <i>Material asociado: suelo negro, carbón</i> <i>Observaciones: entierro secundario en fosa cineraria</i> |
| 4 | <i>Forma: en estructura de dos pozos escalonados, pozo rectangular</i> <i>Medidas: 55 x 70 x 125 cm</i> <i>Orientación: este-oeste</i> <i>Evidencias culturales: restos óseos calcinados in situ; vasija cerámica de forma cilíndrica</i> <i>Material asociado: suelo negro, carbón</i> <i>Observaciones: entierro secundario en fosa cineraria</i> |
| 5 | <i>Forma: pozo rectangular</i> <i>Medidas: 55 x 76 x 110 cm</i> <i>Orientación: este-oeste</i> <i>Evidencias culturales: restos óseos calcinados in situ</i> <i>Material asociado: suelo negro</i> <i>Observaciones: entierro secundario en fosa cineraria</i> |

En el entierro 1 se recuperaron veintitres piezas dentales con avanzado desgaste, correspondientes a siete incisivos (tres superiores, cuatro inferiores), cuatro caninos,

ocho premolares y cuatro molares (uno superior y tres inferiores). Por características tales como el desarrollo óseo, la gracilidad y el avanzado desgaste dental se infiere que el individuo depositado en el nicho posiblemente corresponda a un adulto de género femenino (Cardona et al., 2007).

En el entierro 2 se encontraron depositados restos óseos con alto grado de deterioro, calcinados in situ y retorcidos. Se identificaron fragmentos de huesos del cráneo (dos partes del esfenoides de diferentes tamaños), algunos fragmentos de costillas, dos falanges de tamaño pequeño y mediano, sendos fragmentos de la cabeza del húmero y del peroné, un segmento del atlas y un fragmento de mandíbula con alvéolos de erupción dentaria (medio molar y un premolar), entre otros restos cuya identificación anatómica no fue posible por el avanzado estado de fragmentación, algunos de ellos, aparentemente, de animales. De acuerdo con las características anatómicas de las piezas óseas reconocidas, se identifican restos de por lo menos dos individuos: un adulto y un subadulto (ibíd.).

La vasija cerámica se encontró dispuesta encima de un paquete de restos óseos calcinados in situ. Posee manchas de hollín en la cara externa, producto de la quema in situ. El cuerpo es de forma subglobular; presenta baño como acabado de la superficie y decoración dentada-estampada en el borde con el motivo de una hilera de zigzag, delimitada por líneas incisas horizontales. En el cuerpo presenta triángulos incisos con líneas paralelas oblicuas al interior. Estas características formales y decorativas permiten asociar esta vasija al conjunto cerámico Marrón Inciso (véase figura 2). Una muestra de carbón tomada del pozo arrojó la echa de 1530 ± 70 BP, Beta 231476³ (420 ± 50 d. C.) (ibíd.).



Figura 2. Vasija con restos óseos calcinados (entierro 2, sitio PIII-OP-104)

3 En este sitio también se dató sedimento del interior de una vasija enterrada, lo que arrojó la fecha de 270 ± 40 BP, Beta 231478 (1680 ± 50 d. C.). La vasija presenta decoración en líneas incisas sigmoidales que permiten asociarla al conjunto cerámico Picardía (Castillo et al., 2002; Cardona, et al., 2007), lo que indicaría una ocupación del sitio hasta la época de la Colonia.

En el entierro 3, al igual que en el anterior, se calcinaron restos óseos humanos; en algunos de ellos no se observa calcinación o la presentan muy leve, lo que indica diferentes niveles de intensidad del fuego. En este entierro se identificaron diferentes tipos de huesos: planos de diferentes tamaños, algunos pertenecientes al cráneo; esponjosos en donde se destaca un fragmento de rótula; largos delgados como fragmentos de costillas y otros más robustos como la tróclea y la cabeza del húmero derecho; fragmentos de vértebras (dorsales); fragmentos de falanges de gran tamaño y algunas raíces de molares y premolares, así como la corona de un premolar de un individuo adulto. Las características anatómicas de la muestra permiten plantear que se encuentran restos de, por lo menos, dos individuos: un infante y un adulto. Fue posible asociar, con restos óseos humanos, fragmentos que posiblemente pertenecen a restos animales (ibíd.).

En el entierro 4 se encontró una vasija fragmentada cilíndrica sin decoración, con un pulimento y baño en la superficie, y que presenta ahumado en la cara externa. Por sus características formales se asocia al conjunto cerámico Marrón Inciso. Al igual que en el entierro anterior, la vasija se encontró puesta encima de un paquete de restos óseos calcinados in situ (ibíd.). En la muestra ósea se identificaron fragmentos de huesos con las siguientes características: largos de diferentes tamaños entre pequeños y medianos; huesos planos y del cráneo, como fragmentos con suturas y el temporal izquierdo con la apófisis mastoidea; esponjosos entre los que se identifican fragmentos de radio izquierdo de tamaño pequeño, fragmentos de clavícula, algunas costillas y un fragmento de peroné; cinco falanges (dos fragmentos grandes y tres más pequeños); algunos fragmentos de la cabeza de húmero y la parte distal de otro (fosita coronoidea y tróclea). También se encontraron piezas dentales que corresponden a raíces de un incisivo de un adulto, la raíz de un molar de gran tamaño, la raíz del tercer molar y una raíz de una pieza dental muy pequeña. Con la presencia de estos elementos se infiere que en este entierro se depositaron y calcinaron restos de no menos de dos individuos, uno adulto y otro subadulto (ibíd.).

En el entierro 5 se encontraron grandes cantidades de restos óseos calcinados in situ, pero, a diferencia de los dos entierros anteriores, no se halló vasija cerámica. En las piezas óseas recuperadas se identificaron fragmentos de huesos largos de diferentes tamaños; de huesos planos y del cráneo como también huesos esponjosos muy fragmentados. Se identificó un segmento del maxilar superior con alvéolos de erupción dentaria; también la cabeza de un húmero, parte de la cavidad glenoidea de la escápula y un fragmento de la clavícula, además de la parte de la superficie carpiana del radio izquierdo. Por el estado de deterioro de la muestra ósea no fue posible la identificación de partes que nos dieran indicios sobre la cantidad de individuos, aunque las características de los fragmentos estudiados indican que se trata de restos de individuo(s) adulto(s). Algunos fragmentos de hueso, al parecer, corresponden a restos de animales (ibíd.).

Sítio PIII-OP-46

En este sitio se identificó el entierro de una vasija con restos óseos humanos en su interior. La vasija —urna funeraria— es de forma subglobular con borde biselado pestañado y se asocia al conjunto cerámico Marrón Inciso. Los restos óseos se hallaron en un estado muy avanzado de descomposición, por lo que no fue posible la identificación anatómica como tampoco del número de individuos. Sin embargo, la revisión minuciosa del contenido del entierro permitió verificar la ausencia de piezas dentales, lo que hace pensar que se trata de un entierro secundario de restos óseos que no corresponden a un individuo completo (ibíd.).

La organización social y la construcción territorial en el Porce Medio: una comparación etnográfica

Los estudios etnográficos en el contexto de la selva húmeda tropical colombiana están llenos de ejemplos sobre las formas como los diversos grupos indígenas conciben su hábitat y su existencia. Allí se ha mostrado cómo la vivienda y su entorno no son solo un establecimiento material que alberga al grupo doméstico —la familia— sino que también se encuentra vinculada con profundos bagajes simbólicos que estructuran el universo, el ámbito y la organización sociopolítica del grupo. Desde esta perspectiva, dichos estudios etnográficos, además de los etnoarqueológicos, proporcionan un corpus de información importante que nos permite comprender la verdadera dimensión de los grupos prehispánicos que estamos estudiando, así como entender el registro arqueológico *en términos de o con* preguntas antropológicas; en otras palabras, y siguiendo a Sugiura (1990), sin duda, que los trabajos etnográficos y etnoarqueológicos permiten expandir el horizonte interpretativo del registro arqueológico, ya que entregan información que debe ser evaluada como hipótesis y contrastada a partir de la evidencia disponible y el conocimiento teórico previo (Binford en Gándara, 1990). Con tal expectativa, a continuación presentamos un caso que ilustra nuestra interpretación de lo que habría ocurrido en el Porce Medio, a partir de la construcción del territorio embera.

Para los embera⁴ el espacio vital, su territorio, corresponde a algo más complejo que un simple ámbito en el cual están dadas las condiciones fisicoclimáticas y

4 Los embera son, actualmente, poco más de cuarenta mil personas que se reconocen en cinco grupos dialectales localizados en las áreas del alto río Atrato, el noroeste de Antioquia y Córdoba, el alto río San Juan, el medio río Baudó —y afluentes Catrú y Dubasa— y la costa del Pacífico entre las bocas del río San Juan y Cabo Corrientes y la región al sur de Buenaventura, en los ríos Saija, Satinga y Saquianga. La cercanía y la costumbre de establecer relaciones entre ellos hace que se definan características que los llevan a reconocer como *chamíes* a los que viven en Caldas y Risaralda y *katíos* a los que viven en Antioquia y Córdoba, mientras que los chocoanos son conocidos como *cholos*. Mauricio Pardo y otros antropólogos han llegado a formular una clasificación más sintética utilizando parámetros de tipo socioeconómico. A través de esta ela-

de ecosistema para la vida; en realidad se trata de una dimensión más compleja en donde la memoria ancestral y la estructura social particular conforman una interacción entre elementos vivientes que definen el *genius loci*⁵, en donde los lugares son representados por la arquitectura pero también por manifestaciones no materiales del habitar del hombre, cuya identidad depende de la pertenencia a los lugares (Varini, s. f.). La localización del sitio de asentamiento es definida no solamente por elementos visibles, sino también por un ritual, que es ejecutado por el *jaibaná*. Es recurrente encontrar los sitios de asentamiento al borde de una quebrada y en proximidad de un río, lo cual permite la fácil movilidad y terrenos con mayor fertilidad que hacen viable la implantación de cultivos. En esta forma de ocupar el territorio prevalecen los asentamientos agrupados y separados unos de otros, cuya ubicación cerca a la orilla de un río representa una fuente de sostenimiento y una vía de comunicación de suma importancia (ibíd.). La unidad del territorio de cada conjunto de viviendas viene definida por un ámbito común, representado en especial por el río, que permite el mantenimiento de las relaciones entre los miembros de las comunidades. Para elegir la ubicación de los asentamientos agrupados⁶ rigen las mismas reglas que se aplican para la construcción de una vivienda aislada (ibíd.).

Una quebrada o un segmento de río dan lugar al asentamiento de una comunidad, que en cuanto a la posesión del territorio finca dos expectativas importantes: una de cara a la sostenibilidad y otra al parentesco. Cada grupo explota los recursos naturales en una amplia zona alrededor de los sitios de vivienda, y se benefician de los recursos naturales mientras el terreno pueda sostener esa práctica; después abandonan el terreno para dejarlo descansar (Duque et al., 1997). Consideran la naturaleza en sí y sus productos como bienes residentes y determinantes de las condiciones de permanencia del hombre en un lugar; así, el empobrecimiento de los terrenos es visto como correspondiente al cansancio de un organismo, y cuando eso se verifica se concede el tiempo para renovar sus condiciones de producción (Varini, s. f.).

En cuanto al parentesco, la territorialidad y el asentamiento coinciden con el grupo de parientes más próximos, parentela o linaje, en el sistema de poblamiento y de relaciones entre grupos que corresponde con su organización política y social. En general, no tienen un poder centralizado ni una estructura política jerarquizada y cada

boración se pueden individualizar dos áreas: las gentes de río —costa del Pacífico y ríos Atrato, Baudó y Darién panameño— y gentes de montaña —alto río San Juan, noroeste antioqueño, altos ríos Sinú y San Jorge, río Garrapatas en el Valle del Cauca, sur antioqueño y asentamientos dispersos en la cordillera occidental— (Varini: s. f.).

- 5 El término latino *genius loci* se traduce, literalmente, como “espíritu del lugar”, y define en los espacios humanos una pertenencia, una forma de reconocimiento. *Genius* (espíritu) permite también pensar en una presencia ultraterrena, ancestral, invisible e intangible (Varini: s. f.).
- 6 Elemento importante en dichos aglomerados es la presencia de construcciones de carácter social como la tienda comunal, la “casa grande”, la iglesia y la escuela, que por destinación y, a veces por tipología, no tienen antecedentes en estos territorios (Varini: s. f.).

unidad doméstica es autónoma en la mayoría de sus decisiones; convoca a la parentela o a otros embera de manera episódica con ocasiones de festines, conflictos o actividades que demanden mayor experiencia, conocimiento más amplio o mano de obra. Se prohíbe la unión entre miembros de la misma parentela, y, como esta integra unidades locales ubicadas en diversos segmentos de río, por lo general la búsqueda de la pareja impone visitas a otras comunidades. Es común que una familia o una parentela completa se desplacen en el macroterritorio embera en busca de parejas o nuevas áreas de cultivo, o por conflictos con otros embera o por la agresión jaibanística. La movilidad es una característica marcada de estos grupos (Duque et al., 1997).

La subsistencia embera⁷ está basada en la cacería, la pesca, el cultivo de algunas especies vegetales, la cría de animales domésticos y la recolección de otros elementos animales y vegetales (ibíd.). La caza es la actividad fundamental y la que más prestigio tiene desde el punto de vista ancestral, aunque no aporta la mayor cantidad de alimento. Los embera cazan comúnmente guagua, venado, tatabro, saino, armadillo, ñeque, varias especies de monos y gran variedad de aves. La agricultura está concentrada en el plátano, que es la base de la alimentación, así como el maíz (que es importante por su aporte nutricional y valoración cultural), la caña de azúcar y una amplia variedad de palmas y frutales (milpeso, chontaduro, caimito, borojó, piña, cacao, naranja, limón, papaya, guanábana, aguacate, etc.). También cultivan plantas de uso tradicional medicinal y ceremonial como la jagua y el achiote (empleados como colorantes), la iraca, el hingurú y el joró (ibíd.).

El sistema de cultivo integra la tumba selectiva de grandes árboles y la roza o escola de arbustos en áreas con superficie entre media y tres hectáreas, localizadas en terrazas altas protegidas de la inundación. Alternan varios cultivos en el mismo lote y en un lapso entre cinco y siete años lo abandonan para que el bosque lo invada y se restablezca la capacidad productiva del suelo. Mas tarde visitan estos lotes en proceso de regeneración para recoger frutos y plantas medicinales o para cazar animales que frecuentan estos lugares (rastrojeras). Cada familia posee un conjunto de lotes en distintos estadios de desarrollo: varios lotes sembrados y en producción, algún lote sembrado pero sin frutos todavía y una o varias rastrojeras en descanso (ibíd.).

La organización residencial en el Porce Medio

Los datos obtenidos a partir de la investigación arqueológica indican que la organización residencial, en un período llamado, para el Porce Medio, como de *desarrollos regionales* (Castillo et al., 2002; Cardona et al., 2007), muestran incremento en la población con respecto a periodos anteriores que se refleja en el mayor número de lugares ocupados y el establecimiento de unidades habitacionales nuevas. Se da

7 Los embera citados por Duque et al. (1997) corresponden particularmente a la etnia katía que actualmente habita el resguardo del río Chajeradó, en el municipio de Murindó (Antioquia).

una intensificación agrícola notoria con la expansión de sistemas de terrazas para la localización de las unidades habitacionales. La variabilidad en porcentajes de vasijas de almacenamiento e instrumentos de molienda, junto con la presencia de posibles estructuras de almacenamiento, sugieren cierta forma de estrategia de control de bienes de subsistencia, en este caso, probablemente, productos agrícolas.

Los agrupamientos de sitios crecen en toda el área de tierras agrícolas. Hay un desarrollo y expansión de los sistemas de terrazas para unidades habitacionales que muestra la intensificación, creación y uso de lugares más grandes (generalmente segmentos de río) conformadas por conjuntos de unidades habitacionales (véase figura 3). Cada uno de estos conjuntos está integrado por cerca de doce o trece⁸ estructuras habitacionales (viviendas) que articulan pequeños territorios, al interior de los cuales se materializan diferentes experiencias sociales de la vida cotidiana que reflejan la estructura sociopolítica del grupo: unidades que tienen atributos —además del de producción y consumo— como el de residencia y familia (Cardona et al., 2007),⁹ por lo que las relaciones entre viviendas son básicamente filiales (de padres e hijos). A mayor distancia espacial y de parentesco, la relación es horizontal (Quirós, 1995), mientras que con parentesco más lejano es especialmente ancestral (Cardona et al., 2007).



Figura 3. Vista panorámica de aterrazamientos

- 8 Exceptuando las unidades localizadas en el sector de El Limón y en la parte sur en Plan de Pérez y Puente Acacias, que presentan un número considerablemente alto de unidades habitacionales.
- 9 De acuerdo con Quirós (1995), una pareja se desposa y, una vez tenido el primer hijo, va vivir a su propia morada; allí vive un periodo de expansión hasta que los hijos se desposan y tienen el primer hijo y se dispersan, abandonando la morada, y así sucesivamente: es el ciclo de la pauta nativa de coresidencia.

El registro arqueológico estudiado hasta el momento muestra que las unidades habitacionales se fundan en terrazas, aterrazamientos y descansos de ladera, y que tienen como constante un enterramiento de vasijas asociado a un ritual de fundación. Estas unidades habitacionales se agrupan en conjuntos dispuestos en segmentos del río Porce y ocupando una o dos microcuencas afluentes del mismo río, configurando unidades territoriales residenciales. Para el área de estudio, esto inaugura un modelo de residencia cuyas características indican la ocupación de poblaciones o comunidades locales compuestas por unidades familiares emparentadas que contaron con un espacio físico definido como expresión de su territorialidad, con suficiente tierra y producción para su subsistencia, pues de acuerdo con el registro arqueológico tenemos una densidad de promedio de 0,07 unidades habitacionales por hectárea (ibíd.).

La población de estos asentamientos debió haber sido mantenida por acuerdos políticos y sociales que les permitieron dominar una producción agrícola intensificada dentro de sus áreas de sustento y basada principalmente en el cultivo del maíz y el frijol (Castillo et al., 2002), así como en el manejo selectivo de palmas (Cardona et al., 2007),¹⁰ como lo indican los análisis de oligoelementos realizados en un entierro primario de este período y de las herramientas líticas halladas en los sitios. Los datos de consumo de recursos alimenticios de río son muy bajos, lo que indica que el río fue más importante como fuente de materias primas para la elaboración de artefactos en piedra, y aún más en el papel que desempeñó en la estructuración del modelo de residencia y de ocupación del territorio, como eje articulador del mismo y, tal vez, como vía de comunicación y de semantización del espacio habitado.

Este modelo se articula con la definición de un territorio de tierras cultivables, ya que el rápido agotamiento de los suelos luego de los cultivos inhabilita las parcelas para realizar cultivos permanentes. Como resultado de esto, se desarrolla un modelo de movilidad que se ajusta a ciclos largos en función de la localización de las tierras cultivables, controladas por medio de la creación de rastrojos en diferentes estados sucesionales, cerca de los cuales, eventualmente, se localizan unidades construidas destinadas a ser habitadas en los ciclos productivos o durante la recolección de cosechas (Castillo et al., 2002; Cardona et al., 2007); así lo estarían indicando las bajas densidad y variabilidad de los utensilios cerámicos y líticos encontrados en algunas unidades habitacionales intervenidas. Este modelo indica que, en estos grupos, la movilidad fue una estrategia de articulación de la forma de residir (espacio ocupado física y simbólicamente) con la estructura social y política del grupo, en el que la movilidad no significó mayor o mejor apropiación o semantización del territorio, sino una expresión histórica de la aproximación y experiencia sobre el mismo.

10 De acuerdo con resultados de análisis de oligoelementos en restos óseos del sitio PIII-OP-104, tenemos que la dieta incluye principalmente elementos vegetales con muy bajas proporciones de proteína animal y de peces (Cardona et al., 2007).

La producción agrícola precisa del trabajo colaborativo en relación con la cercanía entre las unidades habitacionales filiales. A este respecto existen, de acuerdo con Quirós (1995), tres aspectos que tienen importancia: el recurso tierra, el ciclo de desarrollo doméstico y la relación parental. El primer recurso es una relación demográfica población-tierra que muestra proporción para un buen rendimiento (como ya se dijo, 0,07 unidades habitacionales por hectárea). El ciclo de desarrollo doméstico obliga a que cada generación, después de quince o veinte años aproximadamente, inicie una nueva unidad doméstica, lo que, con el tiempo, comenzaría a reducir esa relación (ibíd.). De otro lado, la duración de una unidad habitacional se estima entre veinte y treinta años (Varini, s. f.; Sandoval y Sanpedro, 1994), al término de los cuales es abandonada para fundar una nueva en un sitio no muy distante de la anterior. Este fenómeno de abandono de las unidades habitacionales no se ha estudiado en el Porce Medio, que, de darse, estaría reduciendo la densidad de las unidades habitacionales por hectárea que tenemos hoy en el registro arqueológico, y el recurso tierra sería en consecuencia más grande que el hasta ahora estimado.

En el periodo en cuestión, el sistema de residencia parece estar relacionado, además de lo económico (tierras para cultivo y porción de río), con la decisión política de autonomía en la elección de ciertos tipos de alternativas de las unidades domésticas. Los individuos ancestrales o los señores que alcanzaron cierto prestigio parecen haber enfrentado actividades más involucradas con aspectos como almacenar, procesar y ofrecer productos, en un constante desarrollo de procesos de integración regional a partir de la realización de festines, sin que se llegara al establecimiento de una entidad política central que ejerciera su poder en el Porce Medio. La estrategia de cada unidad sería buscar la mayor independencia política con el logro de sustento económico. En este ciclo de desarrollo doméstico, el parentesco y la estructura política determinan la forma agrupada de residencia (Quirós, 1995).

Las características de los recipientes cerámicos, con evidente despliegue formal y decorativo (nos referimos al conjunto cerámico Marrón Inciso) y con la presumible destinación de uso, indican alta visibilidad y uso mayoritariamente enfocado al servicio, lo que se asocia a una intención de transmitir mensajes sociales, expresados en festines y realizados como un medio para la consecución de seguidores que posibiliten la obtención de prestigio social y poder político. En esta competencia por el prestigio social se nota el concurso de varios individuos, como quiera que en siete unidades habitacionales se observan elementos en la cerámica que así lo indican, aunque con diferentes niveles de visibilidad (Clark y Blake, 1994).

La situación anterior muestra una trama de relaciones entre comunidades locales de parientes y amigos que estaría reflejando las características de la estructura sociopolítica de estos grupos: comunidades locales configuradas por familias extensas o linajes con jefes, cuyo poder no va más allá de su propia comunidad aunque apuestan por un prestigio social mayor (que trascienda el grupo local), a partir de la transmisión de mensajes sociales y culturales en que objetos como la cerámica de

servicio desempeña un papel importante. De otro lado, los grupos locales del Porce Medio mantuvieron en el tiempo una ideología, una unidad cultural y una tradición que se advierten a partir de la organización sociopolítica que venimos exponiendo y que se objetiva en el modelo de residencia y en la recurrencia de otras prácticas culturales como la elaboración de artefactos en piedra y su uso en el procesamiento de elementos vegetales; en las formas y decoraciones de los utensilios cerámicos (conjunto Marrón Inciso), en su uso social de estos más allá del ámbito doméstico y en la forma de enterrar a los muertos, entre otros aspectos.

Las prácticas funerarias y la construcción territorial en el Porce Medio

No existe algo más humano que la muerte. La muerte es la expresión máxima por la que los enterramientos toman forma, ya que a su alrededor se llevan a cabo los rituales que dan sentido a lo que viene a ser un suceso inevitable, innegable e ineludible (Cardona et al., 2007). La muerte, como expresión física y mental, ha sido enfocada para dar respuesta, sustentar y fortalecer hechos sociales particulares en distintas temporalidades. La muerte médica o biológica es concebida como un hecho material por el cual la totalidad de las moléculas se aniquilan hasta un punto en que perdemos las funciones biológicas y corporales (Hernández, 2006). La muerte, desde la concepción trascendental espiritual, es la continuación de la muerte biológica: es la separación del alma y del cuerpo y a su vez un paso a otro mundo o a un “más allá” con la posibilidad de volver, ya sea en cuerpo o espíritu (Thomas, 1983). Estas concepciones dejan entender que la muerte, acontecimiento dramático de la vida, se convalide con expresiones culturales para poder ser sobrellevada, y que se sacralizan momentos, espacios y actos como reacción consciente de este suceso, siendo importante la ejecución religiosa; en palabras de Malinowski (1974: 71) “[...] la religión eleva al individuo mediante lo que pudiese llamarse cooperación espiritual en los ritos mortuorios y sagrados”. El final de una vida sería el comienzo de otra, y los ritos hacen que este renacer cobre vida a través de la muerte. No obstante, la muerte recorre mundos lúgubres, y en ocasiones un estado de pánico colectivo infundado en el misterio.

Los enterramientos humanos y los rituales alrededor de la muerte no se reducen al solo hecho de enterrar a alguien con diferentes elementos (simbólicos y rituales) para que le acompañen: también implica la preparación del lugar en donde será depositado el cadáver, y la preparación de este. No se entierra a los sujetos para esconderlos, ya que hacer el enterramiento y, en sí, el cadáver, materializa el lazo de continuidad entre el estatus o el nivel social de quien es enterrado y de quien lo entierra. Estos lazos familiares constituyen la estructura de organización social.

Como lo indican los datos obtenidos hasta el presente, los grupos humanos que se asentaron en las laderas de la cuenca media del río Porce —desde aproximadamente 500 años a. C. hasta la llegada de los españoles a finales del siglo XVI— enterraron a sus muertos en el subsuelo de las unidades habitacionales, en el desarrollo de prác-

ticas rituales funerarias en que se identifican cuatro tipos de enterramientos, que no obedecen ni a temporalidades ni a expresiones culturales diferentes.

Las unidades habitacionales con entierros se localizan en cimas de colinas y en descansos de ladera con evidencias de modificación antrópica o aterrazamientos con un suelo caracterizado por una textura arenosa y suelta (saprolito en descomposición) y color pardo amarillo. Solo en este tipo de suelo, de acuerdo con los datos de las investigaciones arqueológicas realizadas, se construyeron las unidades arquitectónicas (tumbas) elaboradas bajo tierra para depositar a los individuos que fallecían.¹¹ Estas construcciones corresponden a fosas o pozos directos, sencillos, y pozos directos escalonados o con nicho lateral (Castillo et al., 2002; Cardona et al., 2007), que requirieron un trabajo coordinado que refleja las especializaciones en el conocimiento de las propiedades físicas del suelo y, quizá, la relación simbólica entre el entorno, la madre tierra—sus características físicas—y la morada de los muertos (lo que no ocurre con los entierros de vasijas que se hallan en la mayoría de las unidades habitacionales intervenidas y en todos los tipos de suelos), al igual que con la técnica implementada por la población para llevar a cabo el tipo de estructura (tumba), lo que revela, a su vez, el trabajo quizá planeado antes del fallecimiento del (los) individuo(s).

En el Porce Medio, los grupos que ocuparon sus laderas durante el periodo en cuestión destinaron, para la realización de los enterramientos, un tipo de suelo específico y con un tipo particular de arquitectura, que supone la existencia de marcas o expresiones culturales particulares. Los muertos fueron enterrados en la misma geoforma donde se ubica o ubicó la casa que habita la unidad familiar del difunto. Este hecho implica el reconocimiento y la significación de otros espacios, tales como las unidades habitacionales, en las que no se realizan entierros, y otras áreas de actividades que conllevan la semantización de los espacios, interrelacionados y cargados simbólicamente como medios de comunicación y de transmisión de mensajes sociales entre lugares con distintos niveles de significación.

Los elementos anteriores hacen parte de la construcción simbólica funeraria de los pobladores del valle medio del río Porce durante el periodo de los desarrollos regionales, y son expresiones materiales de momentos y hechos históricos en los que el viaje al más allá hace parte de las respuestas sociales y cosmogónicas de estos grupos. Siguiendo a Turner (1980), la aplicación de la conformación del ritual de paso entre lugares¹² y una concepción de la muerte como renacer se manifiesta en

11 En los sitios excavados en área y muestreados con pozos de sondeo, y en aquellos en que las obras civiles realizaron una intervención total y el suelo presentaba características diferentes, no se hallaron estructuras funerarias; mientras tanto, en todos los sitios excavados en área con un suelo de características como las arriba anotadas se hallaron estructuras funerarias, e incluso en muchos de los muestreados con pozos de sondeo y con pequeños cortes se detectaron estructuras verticales que no fueron excavadas, observándose en algunos depresiones en la superficie.

12 La diferenciación de espacios y de objetos relacionados hace que la identidad de un grupo social se refleje a partir de cómo es su propio acercamiento a lo sagrado, y este acercamiento se refleja

la posición anatómica de los individuos enterrados en decúbito lateral o posición fetal,¹³ postura en que se renace en ese más allá, lográndose así una continuación cosmogónica del ciclo vital (Reichel-Dolmatoff, 1951).

La acción social y simbólica funeraria del Porce Medio expresa tangencialmente la capacidad del grupo de movilizar masas, materiales e ideologías objetivadas en un paisaje común, social e identitario en el cual alberga su poder simbólico (Gil, 2003); así se coadyuva el territorio, se apropia como marca de identidad que obedece a una memoria colectiva y a una delimitación ancestral (Geertz, 1997). Estas construcciones suelen ser elementos constitutivos de la legitimación territorial: es lo que se logra con la construcción de lugares de la muerte, en los que la visibilidad no está relacionada con la monumentalización y visibilidad de la construcción fúnebre sino con el reconocimiento social y simbólico de esos lugares, puesto que están contruidos bajo tierra y, al parecer, no resaltan en el pasaje construido, ya que no hay evidencia de edificaciones arquitectónicas que se destaquen por su tamaño o forma o visibilidad; estas, más bien, cumplen un papel en la memoria colectiva de los individuos como lugares ancestrales sagrados. Este significado tiene entonces un papel fundamental, ya que los referentes y mensajes de identificación social —como identidad individual y colectiva, prestigio, entre otros— quedan marcados en los contenidos y expresiones del ritual funerario que es observado y vivenciado por toda la comunidad, en un reforzamiento de elementos que ya estaban presentes en sus vidas cotidianas, en su memoria colectiva (Gil, 2003).

Lo anterior podría ser explicativo del hecho de que no se note una marcada diferenciación en el reconocimiento social y simbólico de los lugares funerarios por sus elementos físicos visibles exteriores, lo que podría estar relacionado, también, con la idea de que no existía, por lo menos para toda el área estudiada, un poder centralizado (que hubiera requerido una ostentación del poder desde mecanismos de visibilidad arquitectónica) sino más bien la presencia de unidades familiares conformando grupos o comunidades locales (familias extensas, linajes), cuyos individuos de mayor prestigio, mantenían relaciones de parientes y amigos con las comunidades locales vecinas. Sin embargo, si vemos la cerámica como un elemento que emite mensajes al interior de una comunidad y a su vez transmite mensajes a diferentes comunidades lejanas, constataremos que la cerámica que se halla en los enterramientos humanos dispone de mensajes únicos, ya que las decoraciones que se observan en las vasijas de los contextos funerarios (y de enterramientos de vasijas) no se repiten en las vasijas halladas en contextos domésticos (Cardona et al., 2007). Esto refuerza la idea de la existencia de marcas individuales, reconocidas socialmente

también en las diversas formas de construcciones, tan importantes como la selección del lugar (Garrido y Montoya, 2007).

13 En las muestras de entierros del Porce Medio se evidenció esta postura como rasgo característico de los enterramientos primarios (Cardona et al., 2007).

y grabadas en el espacio funerario inmediato, que no tienen la intencionalidad de una visibilización¹⁴ material del entierro ni del lugar del mismo, por lo que pensamos que su carga simbólica integra el territorio ancestral comunitario y refuerza la pertenencia al mismo. Los lugares funerarios tienen un reconocimiento y una visibilización social como espacios sagrados, por lo que todo el territorio tiene, entonces, el mismo carácter sagrado como construcción espacial ancestral del colectivo.

La capacidad de movilizar masas en un ritual fúnebre (construcción de fosas, ritualización y enterramiento de los individuos fallecidos como parte de una acción social colectiva, y los resultados simbólicos en el área reflejados en los lazos de unión de una comunidad local en cohesión territorial) hicieron parte fundamental de la estructura socioespacial, que no puede desligarse para entender no solo la construcción del territorio en el Porce Medio sino también la estructura sociopolítica de estos grupos.

Estas prácticas de enterramiento, asociadas a aspectos fisiográficos particulares, reflejan concepciones rituales de las prácticas funerarias que expresan un conocimiento del entorno y una construcción simbólica del mismo desde expresiones culturales cotidianas e intencionales que dan como resultado un paisaje ritual funerario (Criado, 1999), entendido como un constructo humano que entrega la legitimación, delimitación y semantización de un territorio. El paisaje ritual funerario es, entonces, una sacralización de la muerte y del territorio, en donde se definen y se continúan los lazos entre los vivos y los muertos, consolidando la organización social, política, religiosa, territorial y económica. Se refuerza así la ocupación de ambientes definidos a nivel simbólico y ancestral y que expresan una forma particular de concebir el tiempo-espacio, reflejo de una racionalidad cultural específica relacionada con un discurso ideológico y unas representaciones sociales que perduran en el tiempo y en la memoria de los hombres (Gil, 2003). De esta manera, el mundo de los muertos o el culto a los antepasados constituye una fuerza conservadora del orden social y territorial que ata al individuo a una comunidad y a una tierra protegidas por sus ancestros (ibíd.).

A modo de conclusión

En consecuencia, un grupo local en el Porce Medio es un conjunto de unidades familiares que posee en común unos recursos atribuidos por un fundador o ances-

14 La visibilidad es la posibilidad que posee un lugar específico de representar un paisaje, es decir, es la oferta que un sitio le proporciona a los personajes de tener un buen lugar desde donde se puede vislumbrar aspectos físicos (Criado, 1999); esto es, un espacio intencionalmente escogido para la legitimación de acciones sociales. Asimismo, la visibilización consiste en la forma perceptual del sitio, en este caso del sitio de enterramiento, por parte del grupo social. El análisis comprende la definición de los elementos relevantes que se ven desde él: orientación, lugares que sirvan de señal y toda su oferta paisajística y panorámica, que ponen al descubierto las representaciones, implicaciones, simbolizaciones y la legitimación de las relaciones intra y extra grupales (ibíd.).

tro común, distribuidos en un espacio significado, delimitado y de acuerdo con las relaciones de parentesco, que también se fundan en un ancestro común, con una organización sociopolítica con tendencia hacia una marcada diferenciación social. Desde esta perspectiva, el orden de lo sagrado actúa sobre la práctica social y política del grupo, de manera que la prosperidad y el mantenimiento y legitimación del territorio dependan del correcto cuidado de sus muertos, que es la expresión de la unión de las genealogías, las relaciones socioeconómicas y la construcción del ámbito territorial; coherencia e identidad de la comunidad a partir de la relación de los vivos con los muertos en las mismas unidades habitacionales (ibíd.) y en el conjunto de ellas que integra una unidad social-grupal con un nivel parental más cercano que hemos denominado comunidad local.

Agradecimientos

Los autores expresan sus más sinceros agradecimientos a los colegas e instituciones que hicieron posible la realización del estudio arqueológico en el marco de la construcción de las obras principales del proyecto hidroeléctrico Porce III (Contratos 030420760 y 29990427815), fuente principal para la realización del presente artículo; especialmente, a las Empresas Públicas de Medellín y al Centro de Investigaciones Sociales y Humanas —CISH— de la Universidad de Antioquia. Por supuesto, un reconocimiento al Laboratorio de Arqueología del Departamento de Antropología de la Universidad de Antioquia por regalarnos, siempre, un espacio de trabajo y discusión académica; asimismo, a nuestros colegas y estudiantes que participaron en el estudio arqueológico para la construcción de las obras principales del proyecto hidroeléctrico Porce III. También debemos un especial agradecimiento a la antropóloga Paula Gallego por la realización de los mapas.

Bibliografía

- Cardona, Luis Carlos; Nieto, Luis Eduardo; Pino, Jorge; Montoya Agudelo, Santiago; Bañol, Claudia; Jaramillo, Diego; Gallego, Paula y Gómez, Liliana (2007). *Del Arcaico a la Colonia. Construcción del paisaje y cambio social en el Porce Medio. Estudio arqueológico en el marco de la construcción de las obras principales del proyecto hidroeléctrico Porce III. Obras Principales. Informe Final*. Universidad de Antioquia, Empresas Públicas de Medellín, Medellín. Inédito.
- Castillo, Neyla; Aceituno, Francisco Javier; Cardona, Luis Carlos; García, Diana Patricia; Pino, Jorge Iván; Forero, Juan Carlos y Gutiérrez, Javier (2002). *Entre el bosque y el río: 10.000 años de historia en el valle medio del río Porce*. Universidad de Antioquia, Empresas Públicas de Medellín, Medellín. Inédito.
- Clark, John y Blake, Michael (1994). "The Power of Prestige: Competitive Generosity and the Emergence of Rank Societies in Lowland Mesoamerica". En: Brumfield, Elisabeth M. y Fox, J. W. (eds.). *Factional Competition and Political Development in the New World*. Cambridge University Press, Cambridge, pp. 17-30.
- Criado Boado, Felipe. (1999). *Del terreno al espacio: planteamientos y perspectivas para la arqueología del paisaje*. Universidad de Santiago de Compostela, Santiago de Compostela.

- Duque, Marcela; Espinosa, Iván; Gálvez, Aída; Herrera, Diego y Turbay, Sandra (1997). *Chajeradó, el río de la caña flecha partida*. Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá.
- Gándara, Manuel (1990). "La analogía etnográfica como heurística: lógica muestral, dominios ontológicos e historicidad". En: Sugiura, Yoko y Serra, Mari Carmen (coords.). *Etnoarqueología. Primer coloquio Bosch-Gimpera*. Universidad Nacional Autónoma de México, México D. F., pp. 43-82.
- Garrido Escobar, Astrid Eugenia y Montoya Agudelo, Santiago (2007). *Contextos funerarios en los sitios arqueológicos Sinaí y El Cantarito. La Tebaida, Quindío*. Tesis de grado. Departamento de Antropología, Universidad de Antioquia, Medellín. Inédito.
- Geertz, Clifford (1997). *La interpretación de las culturas*. Gedisa, Barcelona.
- Gil García, Francisco (2004). *De "Tumbas Reales" a "Chullpas-en-el-paisaje" pasando por los "aylus de sepulcros abiertos". Reflexiones epistemológicas sobre casi dos siglos de arqueología del fenómeno chullpario*. Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- _____ (2003). *Manejos espaciales, construcción de paisajes y legitimación territorial: En torno al concepto de monumento*. Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- Hernández Arellano, Flor (2006). "El significado de la Muerte". En: *Revista Digital Universitaria*, Vol. 7, N.º 8. [En línea] <http://www.revista.unam.mx/vol.7/num8/art66/int66.htm>. Consulta: 2 de marzo de 2008.
- Holdridge, Leslie R. (1987). *Ecología basada en biozonas de vida*. IICA, San José de Costa Rica.
- Malinowski, Bronislaw (1974). *Magia, ciencia y religión*. Ariel, Barcelona.
- Otero, Helda y Santos, Gustavo (2006). *Las ocupaciones prehispánicas del cañón del río Porce. Prospección, rescate y monitoreo arqueológico. Proyecto Hidroeléctrico Porce III. Obras de Infraestructura*. Informe Final. Universidad de Antioquia, Empresas Públicas de Medellín, Medellín. Inédito.
- Quirós, E. Guillermo (1995). "Los límites de la unidad doméstica. Un caso: Wilk y los kekchi". En: *Naya. Noticias de Antropología y Arqueología*. [En línea] <http://www.naya.org.ar/articulos/politica04.htm>. Consulta: 2 de marzo de 2008.
- Reichel-Dolmatoff, Gerardo (1951). *Los kogui: Una tribu indígena de la Sierra Nevada de Santa Marta*. Iquema/Procultura, Bogotá.
- Sandoval, Ana María y Sampedro, Ángela María (1994). "Vivienda indígena emberá". En: *Boletín de Antropología*, Medellín, Vol. 8, N.º 24, pp. 119-132.
- Sugiura, Yoko (1990). "Significado del espacio: el caso de la producción alfarera en el valle de Toluca". En: Sugiura, Yoko y Serra, Mari Carmen (coords.). *Etnoarqueología. Primer coloquio Bosch-Gimpera*. Universidad Nacional Autónoma de México, México D. F., pp. 201-218.
- Thomas, Louis-Vincent (1991). *La muerte, una lectura cultural*. Paidós, Barcelona.
- _____ (1983). *Antropología de la muerte*. F. C. E., México D. F.
- Torres, Delhi (2006). "Los rituales funerarios como estrategias simbólicas que regulan las relaciones entre las personas y las culturas". En: *Sapiens*, Vol. 7, N.º 2, pp.107-118.
- Turner, Víctor (1980). *La selva de los símbolos: aspectos del ritual ndembu*. Siglo XXI, Madrid.
- Varini, Claudio. (s. f.). "Hábitat arquitectura y entorno de Embera y Waunana". En: *Geografía humana de Colombia. I. Variación biológica y cultural en Colombia*. Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, Bogotá. [En línea] <http://www.lablaa.org/blaavirtual/geografia/geofraf1/habitat1.htm>. Consulta 2 de marzo de 2008.